

León XIV y la hermenéutica “misionera” del Vaticano II

Atraídos por la luz de Cristo¹

El Vaticano II, sesenta años después de su conclusión, aún tiene mucho que decir a la Iglesia actual. La decisión del Papa León XIV de inaugurar un nuevo ciclo de catequesis, dedicado específicamente a los textos conciliares, representa una contribución inestimable para acompañar a toda la comunidad eclesial y hacer fructificar este rico legado. Pero ¿cómo debemos abordar la enseñanza conciliar hoy? ¿Qué papel puede desempeñar respecto a las cuestiones más urgentes que han surgido durante el proceso sinodal?

El Santo Padre, al concluir su primera catequesis del nuevo ciclo, expresó su esperanza de que, al retomar los documentos del Vaticano II, «podamos interrogarnos sobre el presente y renovar la alegría de correr al encuentro del mundo para llevarle el Evangelio del reino de Dios, un reino de amor, justicia y paz» (*Audiencia General*, 7 de enero de 2026). Ese mismo día, el Papa ofreció a los cardenales reunidos en el Consistorio unas breves consideraciones hermenéuticas, recordando los cuatro pontificados (excluyendo el breve pontificado de Juan Pablo I) que marcaron las diferentes fases de la recepción del Concilio. Identificó así rasgos distintivos que resaltan ciertos aspectos de la dinámica de la evangelización, centrándose especialmente en el paradigma de la «atracción», propuesto por Benedicto XVI y desarrollado por Francisco.

León XIV parece sugerir, pues, que el propósito principal del Vaticano II es precisamente relanzar la proclamación del Evangelio, comprometiéndose a escuchar y dialogar con el mundo contemporáneo. Esto es lo que se desprende del primer párrafo de la *Lumen Gentium*, que el Obispo de Roma decidió leer íntegramente a sus cardenales. Una nota «misionera», por tanto, que ayuda al debate sobre la recepción del Vaticano II a evitar caer en breves interpretaciones que podrían limitarlo a una discusión actualmente improductiva, por ser un fin en sí misma. La proyección de la evangelización como horizonte hermenéutico puede, en cambio, contribuir a fomentar una recepción creativa y fiel, evitando el estancamiento de oposiciones superficiales con un tono predominantemente ideológico.

Incluso el camino sinodal, en la articulación entre las dos asambleas de octubre de 2023 y 2024, encontró en la orientación misionera un punto de inflexión y una clave interpretativa decisiva para orientar el discernimiento comunitario. Esto ayudó a superar el peligro de que la sinodalidad se entendiera como una discusión *ad intra*, lo que provocaría el repliegue de la comunidad eclesial.

Volver a centrarse en Cristo es la primera respuesta a toda tentación de autorreferencialidad. De hecho, lo que se denuncia con fuerza en la *Evangelii Gaudium* ya era inherente a la propuesta del Concilio Vaticano II. Gracias a la relectura del Papa León XIV, la orientación misionera de todo el magisterio conciliar emerge con mayor claridad. Como ya han enfatizado muchos, sería extremadamente reductivo equiparar la atención a la evangelización únicamente con el Decreto *Ad Gentes*. Desde las primeras líneas de la *Lumen Gentium*, emerge la preocupación misionera que guió a la asamblea conciliar al presentar el misterio de la Iglesia a la luz del misterio de Cristo, de hecho, a la luz que es el misterio de Cristo. Volver a centrarse en Cristo y proyectarse en la proclamación del *kerigma* no son en absoluto dos movimientos opuestos, ni siquiera dos polaridades en tensión. Es precisamente el enfoque en Cristo como centro de la vida de la Iglesia lo que requiere, como requisito interno, un movimiento de continuo «éxodo» para la proclamación del Evangelio a todos.

¹ <https://www.osservatoreromano.va/it/news/2026-01/quo-017/attratti-dalla-luce-di-cristo.html>

El énfasis en la metáfora de la «luz» destaca como un tema recurrente y característico en la enseñanza del Papa Prevest. Basta recordar sus primeras palabras como obispo de Roma, la tarde del 8 de mayo: «Somos discípulos de Cristo. Cristo nos precede. El mundo necesita su luz». Esta metáfora, profundamente arraigada en el tejido bíblico y en la tradición dogmática de la Iglesia, refuerza la perspectiva cristocéntrica del movimiento de evangelización, que nunca debe separarse de la referencia al Espíritu Santo, como actor principal de la misión. No es casualidad que los Padres Conciliares eligieran esta expresión *Lumen gentium* como *el incipit* de la Constitución sobre la Iglesia, pero queríamos referirla explícitamente a Cristo. De hecho, esa misma expresión ya se había utilizado durante el pontificado del Papa Roncalli, pero referida directamente a la Iglesia. Sin embargo, como bien destacó León XIV, la intención del Concilio es subrayar que la Iglesia no es fuente de luz, sino que refleja la luz de Cristo; «no es la Iglesia quien atrae, sino Cristo» (*Discurso en la apertura del Consistorio Extraordinario*, 7 de enero de 2026). Por lo tanto, «si un cristiano o una comunidad eclesial atrae, es porque a través de ese ‘canal’ llega la savia vital de la Caridad que brota del Corazón del Salvador» (*ibidem*).

La necesidad de centrarnos nuevamente en Cristo surgió con particular intensidad en la última catequesis del Santo Padre, celebrada el miércoles pasado, en la que destacó la *Dei Verbum*, 2. «En Cristo —afirmó León XIV—, Dios se nos comunicó y, al mismo tiempo, nos reveló nuestra verdadera identidad de hijos, creados a imagen del Verbo» (*Audiencia General*, 21 de enero de 2026). De este modo, el Papa Prevest continuó desarrollando su particular línea interpretativa de la enseñanza sobre la Revelación, capaz de destacar las dimensiones relacionales y existenciales. En efecto, «Jesús nos revela al Padre involucrándonos en su propia relación con él» (*ibidem*). Dios se da a conocer entrando en la red de las relaciones humanas, para orientarlas de una manera nueva. La revelación, desde la perspectiva cristiana, no puede presentarse como una simple adquisición de «información» a nivel intelectual, sino como una experiencia que involucra a la persona humana en todas sus dimensiones. En efecto, «es, por tanto, un *conocimiento relacional* que no se limita a comunicar ideas, sino que comparte una historia y llama a la comunión en la reciprocidad» (*ibid.*). Es la comunicación de una verdad para la salvación integral, que alcanza a la persona en la concreción de su existencia. Esa verdad resplandece en el rostro de Cristo, el Verbo hecho carne. La Revelación de Dios, que encuentra su plenitud en Cristo, hace visible así ese movimiento de compasión que caracteriza la vida divina y que lleva a Dios a emerger de sí mismo, a comunicarse a nosotros en un acto de entrega lleno de amor. Todo cristiano, convertido en discípulo misionero en el bautismo, está llamado a sentirse inserto en la estela de este movimiento inagotable.

La particular sensibilidad con la que León XIV nos guía en este redescubrimiento del Concilio, de sus textos y de su herencia, todavía por elaborar y llevar a término, nos hace reconocer en el Vaticano II una fuente viva de inspiración y de estímulo crítico para la existencia concreta de las personas y para la vida de relaciones que anima desde dentro nuestras comunidades eclesiales.

ARMANDO NUGNES
Rector del Pontificio Colegio Urbano
“de Propaganda Fide” de Roma